

amor no se fomenta con los zelos que lo enturbian; y su alucinamiento se disipa á la voz del amor propio. Si yo buscara y esperara amor, lucharía; pero un favor, mero favor de muger, se compra con dinero, no con humillaciones ni sacrificios. Cuando esperé una ilusion, rogué, alcancé rogando una condescendencia y un trofeo, y casi satisfice mi orgullo: desilucidado al fin aunque ofendido, me entristezco al ver la miseria humana, y observo hasta qué punto es incomprendible y frívolo el carácter de una muger.

Isabel, admitiendo los obsequios del general, pierde su reputacion en público à quien no puede darle ni un pretexto puramente ostensible, para conservar à su lado á un hombre como él. Isabel se sonrie con un viejo emprendedor y lascivo que la ultraja hasta con sus palabras, mientras huye de mí.... no huye tal vez, pero no comprendo toda la delicadeza que hay en mi afecto, aun cuando allá en el fondo sea tan torpe como el de mi competidor.

Las mugeres enseñan el fruto, despiertan el apetito y corren para que las persigan: yo he perseguido à Isabel; pero no me apresuro: le doy tiempo para que evite los zarzales, el fango, los padruscos, los precipicios; no quiero, ya que me hace el sacrificio de correr para hacerme el placer mas sabroso, que por mí se lastime ó se manche, y tengamos despues que llorar juntos una imprudencia, ó que acallar un remordimiento..... Y estas delicadezas

que nunca habrá hallado, ni hallará sino en un torazon como el mio, fanático por divinizar los mas despreciables objetos, las toma por cobardía y necedad!.....

Mis amigos me aconsejan que adopte el sistema del general, presagiandome un completo resultado. Yo conozco la eficacia delconsejo, y me repugna adoptarlo.

Isabel me aleja ó me acaricia cuando le conviene, no cuando me daria gusto en ello; es decir, que no busca un hombre con quien partir sus placeres; sino un simple instrumento inerte, un manequin.... Yo no me envileceré nunca hasta ese punto; el alma del poeta se asquea de descender hasta el fango del vicio, sin siquiera un pretexto de aquellos que alucinan, sin que le preparen un aroma que neutralice la fetidez que despide la corrupcion del cuerpo humano.

Conociendo Isabel mi carácter, ¿por qué no se reviste de las galas que yo quiero prestarle para adorarla? ¿No quiere tomarse este trabajo por mí? Tampoco yo quiero sacrificarle mis ilusiones de niño.

¡Oh! estoy muy triste.... nunca hallaré en el mundo la realizacion de las locuras con que sueño. ¡Sufro mucho!.... no por su desden, ni por su risa, ni por sus humillaciones: me humilla para igualarse conmigo, se rie porque no me comprende, me desdeña cuando su vanidad lo ecsije solamente.... Este es el lenguaje del despecho, lo conoz-

co..... despecho que desgarrá mi corazón iluso.... yo mismo lo burlo, lo escarnezo en los ratos de sangre fría en que impera la inteligencia; él se avergüenza de su debilidad y se comprime; pero siento que jamás prescindirá de sus ilusiones.

Estos han sido mis pensamientos dominantes en la última semana: añadiré los hechos importantes que se han verificado.

Uno de estos días, saliendo de la casa de Isabel, llevaba yo tan marcada en la cara mi lobreguez, mi antiguo desaliento por no encontrar en el mundo más que hombres y mugeres, en vez de los ángeles creados por mi imaginación, que pude percibir claramente el sentimiento de lástima que le inspiré á una amiga que me encontró, á Elena, la que me llamó *buen cristiano*.

—Ya tiene vd. las ideas negras—me dijo.

—Un poco.

—Vamos á comer á casa: se disipará vd.

—No, gracias; me voy á dormir.

—Vaya vd., es mejor; y ojalá durmiera muchos días.

Después me reí de mí mismo, y esta muger adquirió un título más de simpatía para conmigo: me comprende, ó lo finge.... en fin, me compadece.

Una mañana he llegado más temprano que de costumbre; Isabel salía del baño, y me recibió en un bonito deshabillé.

Estábamos sentados en un sofá.

—Por Dios! Gabriel, me estoy muriendo y no me hace vd. caso.

—Yo la veo á vd. tan linda y tan hermosa como siempre.

—Me estoy muriendo en pié y nadie quiere creerme porque no soy quejumbrosa; pero estoy muy mala.

—¿No hizo provecho la receta del otro día?

—Que mal me supo!....

—Pues la de hoy será peor.

—No, Gabriel!

Nos distrajimos así de la cuestión, hasta después de otro rato.

—Pero vd. no hace caso de mi enfermedad.

—Sí.... vamos, ¿que tiene vd?

—Lo de siempre.

—El dolor en el pecho?....

—Nada más.

—Que me den papel para recetar.

—Pero ni me pulsa vd. siquiera

—Ya sabe vd. que receto por condescender; pero....

—Pues bien, me moriré....

—Eso no; venga el pulso.... Está bien—dije soltándole la mano que palpé con toda la frialdad de un doctor Grifon.—Que me den papel.

—Ya sabe vd. donde mero me duele?

—¿Donde?—pregunté con socarronería.

—Aquí....aquí....—dijo casi enojada, arrebatando mi mano entre las suyas y apretándola al colocarla en el pecho.....Ella no tenía más que

una bata, suelta enteramente y desprendida, que continuamente sujetaba con la mano para no descubrir demasiado sino en los descuidos.... Tuve tentaciones vehementes de interesarme por la enferma, y palpar y auscultar, toda la parte adolorida, pero me reprimí, y retirando mi mano cuando ella la soltó, volví á pedir papel. Receté una bagatela, y cambiamos de conversacion.

Una noche Isabel escitó mi curiosidad con un papel que tenia en la mano.

Era natural que bien pronto recayera la conversacion sobre el papel

—Esto es una carta de mi marido—me dijo ella respondiéndole á la mirada de mis ojos.

—Su marido!.... de vd?....

—Sí: voy á casarme.

Me lo decia con tal espresion que era imposible creerlo. Sin embargo, hace algunos dias que busco un pretexto para hacerle entender que han acabado mis pretensiones, y he aprovechado esta oportunidad.

—¿De veras se va vd. á casar?..... Lo siento.

—¿Por qué?

—Estraña es la pregunta. ¿Y es zeloso?

—Mucho.

—Entónces yo corro riesgo.

—¿Por qué?

—Vd. no debe guardar ningun papel mio que pueda ver su marido y le cause zelos.

—¿Pero qué papel tengo de vd?

—Mi soneto.

—Con devolverselo....

—Eso queria.

—¿Y por qué se lo he de devolver á vd.?

—Porque ya no quiero que vd. lo tenga.

—Pues bien, lo daré.

—Venga.

—Será despues; ahora no tengo gana de levantarme.

—¿Y lo que yo tenga de vd.?

—¿Qué tiene vd. mio?

—Un pañuelo.... Vd. bien sabe que tengo razones para temer á los maridos zelosos, y no quisiera que el de vd. viniera un dia á quitarmelo á mano armada...

—No tenga vd. miedo que no irá.

—Pero pudiera ser, y para quitar los riesgos....

—¿Me lo devolverá vd.?

—En cambio del soneto.

—¿Lo trae vd. allí?

—No.

Isabel estaba despechada y aparentaba la mayor calma del mundo. Yo busqué mil pretextos para que el soneto saliera, y arrancarselo si hubiera sido posible de las manos aun delante del general, que llegó despues; pero ella, sin hacer caso de mis palabras, picantes algunas veces, permaneció fria, indolente, sin levantar una mano siquiera del sillón en que estaba sentada afectando una pereza y una

calma, que no han dejado de causarme terror.... las mugeres son vengativas.

Al dia siguiente volví á pedir mi soneto; ella sin decir una palabra fué á traerlo y me lo entregó: lo guardé yo en mi cartera tambien callado. Tan pronto como llegué á casa envolví el pañuelo en un papel limpio, y lo guardé en la bolsa, para entregarlo en primera oportunidad.

Lo enviaria con un criado y una esquelita expresiva, pero no queria picarla hasta ese punto: es muy mala, y aunque despues me ria de ella, si me coge una ocasion mal parado, se vengará horriblemente.

Uno de los últimos dias estabamos como siempre; el general y yo sentados à los lados de Isabel. Yo reparé que el pañuelo que tenia ella en la mano tenia una punta rota.

—Vaya-le dije chanzeando—una muger como vd. no usa estos pañuelos;—y se lo quité de la mano.

—¿Qué tiene?

—Está roto; vea vd.

—Entónces—dijo el general—se rompe y se compra otro.

—Yo no tengo para hacer esos gastos; si vd. quiere....—y le alargué el pañuelo.

—Vera vd. como yo lo hago.

Diciendo y haciendo convirtió en tiras el pañuelo y se lo guardó en la bolsa diciendome irónicamente:

—¿Quiere vd. un pedazo para reliquia?.... Isa-

bel riendose con él y mirandome con inteligencia le respondió:

—¿Para qué lo quiere Gabriel?

En efecto, yo tenia un entero cuando el otro me ofreció un pedazo.

Terminó la visita. Dejé adelantar al general, y volviendome, saqué el pañuelo de la bolsa y se lo dí á Isabel diciendole:

—Ahora yo le regalo á vd. esto.

Isabel no pensaba que yo le volveria nunca su pañuelo, y no me respondió una palabra, ignorando lo que contenia el bulto de papel blanco que le entregaba y que ella recibió como dudando.

Despues no me ha dicho una palabra sola, y se me manifiesta con la misma amabilidad de siempre: esto, mas que nada, me prueba la impresion que le hizo mi desprecio: sabe como ninguno el jueguito de estira y afloja, que en vez de alejar seduce y encapricha á los hombres; está acostumbrada á tiranizarlos de modo que nunca los satisface ni los desalienta completamente; yo tambien estoy acostumbrado á ceder á ciertos caprichos mugeriles, que mas bien halagan que incomodan; les ruego cuando es preciso, pero nunca mucho tiempo.... mi volubilidad y mi desconfianza son una garantía contra esta especie de humillaciones. Muy pronto me curo siempre de las heridas de un desden, y el instinto me guía à buscar en otra parte la satisfaccion de mis deseos.

Abril 8.—Abril 15.—Viene una semana de ari-

dez y tristeza para Isabel: ella debia asistir á una partida de campo que alborota á todo Búrgos: un accidente extraño la ha detenido, y el general, que no pudo prescindir de compromisos anteriores, marchó con la comitiva de los paseantes.

Yo estaba alborotado y debia haber ido; Isabel me hizo cambiar de resolucion, y aunque me quedaba con pesar habia resuelto no ir: despues me alegré sabiendo que Isabel se quedaba y el general se iba precisamente.

Al verme solo todas las noches con ella me han dado tentaciones de volver á la carga: pero no he pasado de cumplimientos, requiebros estudiados, amabilidad al uso del dia, moneda corriente. Ella me orilla, yo temo un chasco, y me estoy firme.

Pasamos las noches bien tristes; acordandonos de los que se fueron á pasear. Isabel disimula el disgusto de haberse quedado; pero yo sé que estaba alborotada.

Ningun incidente particular ha habido en estos dias; de todo hablamos ménos de amor: la falta del general produce ménos bullicio; la sala està desierta; pero yo me encuentro bien. Me he acostumbrado ya á perder mis noches con Isabel; y aunque nada pretendo de ella, puedo verla sin el estorbo del general que me va enfadando, como yo á él. Rosa sigue durmiendo.

Abril 16—Mayo 6.—El general ha vuelto y la ausencia lo ha entusiasmado. Desde los primeros dias he notado su cambio respecto de mí: ántes

nos guardabamos todas las consideraciones que exigen las conveniencias; ahora poco á poco nos hemos ido descarando, hasta ponernos en lucha abierta delante de ella. Los dos, sin embargo, hemos adoptado diferente sistema: él chanceando me dice mil tonteras á que yo no respondo las mas veces; emprende disputas que nunca sostengo; cuenta fortunas, y yo desgracias; habla de dinero y abundancia, yo de pobreza; busca todas las ocasiones de sobreponerse á mí, yo le prevengo las intenciones y le allano el camino; se empeña en manifestarme su influencia sobre Isabel, yo le ayudo y le indico indirectamente lo que debe hacer; comienzan á empeñarse en una conversacion interpretable, y me levanto de junto á ellos, para ir á tomar parte en la plática del otro grupo que forma la hermana; toco el piano, ó me salgo á tomar el fresco del balcon, diciendoles al levantarse alguna chanza como—Cuidado con lo que hacen niños:—Ya sobro—Acaben pronto que quiero volver.

Isabel se pica y sufre; el general no me hace caso.

Los primeros dias siempre me defendia Isabel de los ataques del general haciendose dueña de la cuestion ó respondiendo á sus epigramas; yo permanecia impasible y me lisonjeaba interiormente: pero una noche me salí de la línea de defensa que ella me habia prescrito, se enfadó y acabé por darle las gracias, y entregarme yo solo á la lucha con todos. Desde este momento los dos me atacan fuerte,

haciendome padecer, mas de lo que piensan, por otra causa de que la que imaginan.

Isabel consiente casi todos los avances, y aun pudiera decir insolencias y ultrajes del general, no resistiendo sino aquellas cosas que seria ya indecente dejar pasar delante de mí: él cobra aliento, me burla, y se envanece; ella me da lo que se llama picones, y se venga de mi desden hiriendo mi amor propio: hasta me ha hecho entender con una accion bien marcada que no quiere presentarse en público conmigo. En esto tiene razon: se acuerda que me han escupido.

Ahora bien: el general se presenta con ella en todas partes se la ha *affichée* sin cuidar su reputacion que compromete; la ofende con sus palabras, con sus hechos y con sus intenciones; es mas viejo y mas feo que yo, ménos fino y ménos delicado: él manda, yo ruego: él es atrevido, yo quiero ser prudente; él arrebatá miéntras yo pido.... en fin, el general ha perdido, como dicen de los asnos, la idea de la impenetrabilidad de los cuerpos, y sigue su camino sin ver à quien atropella, ni en que obstáculo puede estrellarse.

Yo, parodia de los trovadores de la edad media, suspiro no mas, y cuando descendo á la arena del positivismo todavía quiero poetizar con la miseria humana..... ya que todo es farsa en este mundo, estoy siquiera porque hagamos un melodrama; ella no puede pasar del entremes.

Isabel sabe alegrarme ó entristecerme cerca de

ella momentáneamente, segun que quiere vengar algo de mí ó del general; ó divertirse simplemente; yo obedezco al impulso, porque movido tal resorte del corazón es preciso que se produzca tal movimiento: pero ya hemos perdido la ilusion ella y yo, así como los títeres pierden su gracia cuando se está mirando el hombre que los meneá.

Por fortuna las mil heridas que cada dia sufre mi amor propio las cura prontamente la razon; yo sé que así es y siempre será el mundo: ademas de que conozco que todo esto es consecuencia precisa de mi mala conducta con ella..... al fin es muger, y no ha de estar rogando al que desprecia la ocasion que le dan, sea cual fuere el motivo..... Quiero sacar una consecuencia que halaga mi vanidad: si Isabel no me aborrece, se fastidia de mí por lo ménos: luego ántes me quiso, ó cuando muy poco, le pesa que no la haya yo perseguido mas eficazmente.

¿Y por qué estoy triste sin embargo de tener bastante sangre fria para meditar todas estas cosas?... Balzac dice, que miéntras mas se juzga ménos se ama; y dice bien. ¿Qué es, pues, lo que tanto me afecta que continuamente estoy de mal humor?... ¿Por qué no huyo de Isabel ahora que enteramente desilusionando ni espero nada de ella ni lo pretendo?... Por indolencia: estoy ya acostumbrado á verla, perdí el hábito de ir al café ó á otras concurrencias: ademas que encuentro cierto placer en sufrir así, porque este sufrimiento me recuerda á Serafina.

Todas las noches voy á sentarme con mi semblante triste y mi frente arrugada junto á Isabel, como el creyente que agoviado por el infortunio, evoca los recuerdos de su infancia llena de fé, llorando junto á su ídolo derribado en pedazos.

En todo este periodo no tengo una escena notable que cantar sino es la siguiente, que sin ser gran cosa, marca el sistema que generalmente seguimos Isabel y yo.

Una noche por sostener una disputa con el general tomé de ella un anillo: al dia siguiente antes de saludar, y sin que me hubiese hecho reclamo ninguno, se lo devolví acompañado de estas palabras.

—Tome vd. ántes que lo pierda: esta mañana lo ha arrojado una criada con el agua de la lavadera, y si no me lo devuelve ya lo habia olvidado.

Ella sin contestar nada lo tomó, y lo colocó en su lugar.

El corazon del hombre es inconsecuente; es una planta parásita que arrancada de la corteza que la nutria, ó muere, ó busca un nuevo tronco en que arraigarse.

Yo visito frecuentemente á Julia, una niña que tiene la mitad de años que yo, y cuyo único mérito consiste en su elevada talla, la frescura de su tez, la morbidez de sus formas, la robustez de su complexion, en fin en sus catorce años floridos. No tonta pero inculta ademas de inocente. A mi vista ha ido creciendo, y está en la edad en que al roce

de un hombre se pone como la escarlata de rubor y de... amor.

Antes la veia yo con indiferencia: desde que Isabel me enfadó, desde el principio de esta nueva época, instintivamente la busco, me siento á su lado, la tomo la mano, juego con su cabello, la hablo vagamente de amor, de placeres, de mundo, y me complazco en estudiar la impresion que hacen en ella mis palabras y mis cariños, y el trabajo que le cuesta reprimir los inocentes impulsos de su edad.

De este modo se han ido formando lentamente, sin percibirlo yo mismo ni quererlo tal vez, aquellos lazos tiernos y secretos que unen á un hombre y una muger que permanecen largas horas juntos, queriendo disimular cada uno lo que piensa, dándole vuelo á la imaginacion por el mundo de los placeres... haciendo inducciones de lo visible á lo invisible, y de lo conocido á lo interior de un ser que se tiene al lado sin conocerlo completamente, ó que por demasiado conocido en sus semejantes escita los deseos.

Conozco que poco á poco me va cobrando afecto: á su molo me hace finezas, me ofrece los primeros sacrificios del pudor juvenil consintiendo mis cariños y aun provocandolos. La idea de verse amada por un hombre de mundo, como ella me cree, y que anda entre mugeres de todas clases cuya superioridad no puede desconocer, la cede... aunque no deja de tener recelos de Isabel, y

manifestarlos con la imprudente reserva de una niña. En fin, soy el único hombre que ahora tiene cerca de sí, y es fuerza que yo sea el objeto de sus deseos: si mañana viera otro ántes de que yo la hubiera seducido, lo amaría como á mí.

No sé adonde me conduzca este negocio: un vago remordimiento me acorta los pasos; y mas que nada mis ilusiones..... Siempre idealizando. Desde el momento que veo una cosa posible, la gozo enteramente en la imaginacion y la abandono. Tal vez por esto no me enamoré de veras de Isabel: si no por un camino, sabia que por otro habia de llegar; y esta creencia junta con mi aversion á todo lo que no es novelesco, me hizo prescindir de ella tan pronto.

Julia es tan candorosa, tan niña, tan susceptible, que creo que mi voluntad es omnipotente, y no quiero perder la ilusión de un deseo siempre vivo y siempre satisfecho.

Mas bien que seducirla procuro darle un curso teórico-práctico de amores, en que conozca á los hombres y se enseñe á ser mas discreta con ellos: le doy lugar en todas las escenas á que me observe y estudie su propio corazon. Tan inocente es, que me interesa verla dejandose caer en mis brazos sin desconfianza, alucinada por su temperamento y mis palabras: y ya que ella me sirve tambien de estudio causandome dulces placeres, le pagaré á lo ménos evitandole para despues los mil malos ratos que le causaria su ignorancia y su candor con un

hombre.... sí, ménos generoso que yo. Todo esto de modo que no sea nocivo á mis miras, ni le abra tanto los ojos que comience por engañarme á mí mismo: tampoco se le puede enseñar mucho á su edad; hay cosas que todavía no puede comprender aunque se le digan. Estoy seguro de que me faltará valor para llegar al último extremo.... y estoy seguro tambien de que cuando haya pasado la ocasion, sentiré haber sido lo que siempre.... el sol queazona los frutos que otros han de gozar.

Que sé yo; pero cuando estoy á su lado se disipa mi mal humor, y hasta me olvido de Isabel.

Quiero hacerme una pregunta á mí mismo:—¿Y Serafina?....

Mayo 7.—Algun pecado gordo ha cometido el general, para cuyo castigo he servido de instrumento.

Desde ántes que él llegara, Isabel estuvo conmigo tan risueña y amable, como hace muchos dias que no la veo. Tenia sobre la mesa un hermoso ramo de flores, y apénas dije una palabra de alabanza cuando se levantó á hacerme un ramito primoroso. Al estar arrancando del vaso las flores, me hizo notar unos alhelies hermosísimos.

—Vea vd. qué lindos.... y qué aroma tienen: huelen vd.... ¿Los alhelias huelen?

El ramo de alhelies estaba aun atado en el vaso con las demas flores, no podia caerse. Isabel, sin embargo, dejó allí su mano como sosteniendolo, de modo que al acercarme yo para respirar el aroma,

casi la tocaba con mis labios; la hubiera tocado si me acerco hasta donde debia: y otro hombre habria dado un beso en aquella mano escondida entre flores.... yo me contenté con responder:

—En efecto, qué aroma tan suave....

Cuando acabó de amarrar mi ramito con una hebra de seda arrancada del fleco de su vestido, me dijo al entregarmelo.

—Le haremos otro à Don.... ¿no es verdad?.... Este Don..... era un hombre estraño que estaba tambien en la sala; y al pedirme licencia, porque à tanto equivalió el acento misterioso con que me lo dijo y la mirada que lo acompañó, para cumplir con los deberes de la cortesanía, me quiso dar á entender:—A tí te hago este obsequio de voluntad, al otro por obligacion..... para cubrir las apariencias.

El general llegó despues y no le han dado flores. Toda la noche fué mi víctima; no completamente, porque Isabel recuerda su situacion respecto de mí, y no ha hecho sino lo que le puede incomodar al otro, sin lisongearme demasiado. La noche fué feliz: el general y yo salimos juntos; él rechinando los dientes, y yo oliendo mi ramo.

Hace algunos días que por un incidente estraño à todos estos negocios estoy durmiendo en casa de Julia, que me espera despierta aunque llegue yo muy tarde.

El ramo vino á ser por precision despojo suyo. Despues de la cena me retiré à mi cuarto, y hallé colocado el ramo en un vasito de agua sobre el ve-

lador.... Julia lo habia puesto allí por un rasgo de coquetería ó de zelos.

Yo que todavía tengo en los labios la miel que esta noche me embarró Isabel, he tomado un papel, y pensando en Julia, que duerme en la recámara inmediata à la mia, deseando verla, y temiendo á cada rato como un niño que salga y haya una catástrofe viendo lo que escribo, he improvisado runos versos. Despues me he ido á la cama con intencion de llevarselos á Isabel, y cambiarselos por el beso que les negó á los otros.

¡Y no la deseo ya!.... Y deseandola me conformo con un beso!....

Yo mismo lo atribuyo á cobordia muchos ratos; pero tambien reflexiono que las mugeres á quienes se llama coquetas, y son reprendidas por eso, no tienen otra diferencia de las otras que la franqueza de su manejo. Porque debemos convenir en que hombres y mugeres todos somos iguales allá en el fondo, y en el manejo exterior están solo las diferencias instituidas por la hipocresia. Todas las mugeres serian coquetas si tuvieran bastante talento para serlo, ó bastante valor para arrosstrar los peligros.

Isabel tiene, pues, sobre las otras la doble ventaja de la valentia y el ingenio.... Pero ¿por qué no me ama en silencio? ¿Me creerà tan inocente como yo á Julia, y me querrá dar las lecciones con que yo divierto à ésta?

Mayo 8. —Fuí tan cruel esta mañana, que al sa-

En la casa de Julia me he guardado el ramo, dejándola sentida y zelosa por mi pueril idea de guardarlo como si de veras fuera una prenda de amor: si Julia lo ha comprendido debió haber sentido un desagradable dolor al verse engañada. Estoy seguro de contentarla hoy mismo, y desde esta mañana le prometí dárselo, para que selo devuelva á Isabel, ó haga de él lo que quiera.

En la noche ví á Isabel en el teatro.

—Le he hecho unos versos á las flores que me dió vd. anoche.

—Quiero verlos.

—Para eso son; pero no los verá vd. ántes de haberme dado su precio; no sucederá lo que con los otros.

—Pedia vd. mucho.

—Yo no dije entónces una palabra; ahora sí. digo que el verlos le ha de costar á vd. un beso.

—Es mucho.

—A mí no me parece tanto.

—Vaya; prometame vd. que los verá.

—Cambiaremos sí por sí.

—Pues sí.....—dijo violentamente.

—Bien..... pues sí—contesté yo.

El general se puso de mal humor viendonos hablar en voz baja. Isabel y yo volvíamos à estar de buenas..... Yo recobro cierta esperancilla, y ella no se manifiesta sentida sino por momentos.

Mayo 9.—Mayo 12.—En todos estos dias he estado buscando la ocasion de leer mis versos por al-

canzar la consabida recompensa; pero no he tenido la menor oportunidad: algunas veces me ha invitado Isabel, pero en circunstancias que yo temia ser sorprendido por cualquiera, bien durante la lectura, bien en la escena misma del beso. Su cara y su manejo han sido agrídules: á ratos me arrepiento de mi debilidad, y á ratos echándolo todo á un lado prosigo en mi intencion, solo por alcanzar de uno ó de otro modo el beso que, regateado y despues de tantos dias de meditacion, equivaldrá á mucho.

Mayo 13.—Esta mañana almorcé en el campo con algunos amigos: fué un convite medio campes- tre en un corredor abierto sobre un bonito jardin. Desde que lo ví pensé en llevarle á Isabel un ramo de flores.

Las flores y el campo, que veo tan pocas veces, me alegraron; un horizonte mas estenso que el que desde mi balcon alcanzo; y en fin, el vino me dieron entusiasmo. Pasé la mañana verdaderamente alegre; los paréntesis de recuerdos y melancolía eran muy cortos. Desde luego fijé el rosal mas esquisito y florido para que fuese tributario de mis amores.

No eran las rosas comunes de castilla, sino unas flores mas pequeñas, de un color suavísimo, casi blanquecinas, de pocas hojas sedosas y recargadas muellemente sobre el cáliz, colocadas sobre unos tallos delgados, tersos y flexibles como de alambre